

DONNA LEON



Con el agua al cuello

Comercia con la vida y cosecharás la muerte



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon

Con el agua al cuello

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *Trace Elements*

© 2020 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-322-3638-9

Depósito legal: B. 3.664-2020

Composición: Realización PLANeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Un hombre y una mujer enfrascados en una conversación se aproximaban a los escalones del Ponte dei Lustraferi, ambos con aspecto de estar acalorados e incómodos esa tarde de finales de julio. La ancha *riva* no tenía compasión con ninguno de los que la transitaban; la superficie blanca de la piedra trabajaba en connivencia con el sol y reflejaba en sus rostros la misma luz que les azotaba la espalda.

El hombre se negaba a ponerse la chaqueta, que llevaba colgada del hombro y sujetaba con el dedo por la trabilla del cuello. La mujer, que se había recogido la melena rubia en una coleta para que no le molestara en la espalda, llevaba pantalones beige de lino y una camisa del mismo tejido con mangas largas que la protegían del sol. Se detuvieron en seco al pie del puente y se quedaron mirando el enorme barco que había atracado en el Rio della Misericordia y que impedía el paso a las embarcaciones que quisieran entrar en el Rio dei Lustraferi, que salía en perpendicular hacia la derecha. Una barrera de placas de metal corrugado se extendía de un lado al otro del pequeño canal y creaba una presa más allá de la cual el nivel del agua se había reducido a la mitad.

La bajada de nivel dejaba a la vista bancos de lodo y de una sustancia negra de aspecto horrible a ambos lados del ancho cauce del canal que habían cerrado, por donde discurría un líquido muy oscuro y aceitoso. En el extremo más alejado, quizá a unos cincuenta metros de distancia, habían clavado otra pared de placas metálicas en el lodo para sellar el canal. Al otro lado de la barrera flotaba un barco con una grúa amarilla colocada sobre una plataforma central; delante tenía un gran contenedor en el que la pala de la grúa vaciaba el lodo que dragaba del canal. Una ráfaga repentina de viento procedente de la laguna arrastró el olor del fango sin alterar la superficie del fluido viscoso. El motor diésel de la embarcación chirriaba mientras el barco aspiraba el resto del agua del canal a través de una manguera de plástico que pasaba por encima de la barrera y la escupía al otro lado.

—*Oddio* —dijo la *commissario* Claudia Griffoni—. Esto no lo había visto nunca.

Guido Brunetti, su amigo y compañero de trabajo, se había quedado inmóvil con un pie sobre el primer peldaño del puente, embelesado, como el fornido Cortés contemplando el Pacífico. Entonces hizo una conjetura exagerada y exclamó:

—Yo hacía muchos años que no lo veía.

Griffoni se rio y señaló lo que tenían delante.

—No tenía ni idea de cómo lo hacían.

Subió hasta el centro del puente para ver mejor la barrera metálica. Brunetti la siguió y se puso a su lado.

—¿De dónde sacarán el dinero para esto? —preguntó como si hablara solo.

Esa misma mañana, *Il Gazzettino* había publicado un artículo largo sobre los proyectos de infraestructura que se habían recortado o cancelado por falta de financiación.

Mencionaba las víctimas habituales: los mayores, los jóvenes, los residentes que querían vivir en paz, los estudiantes, los maestros y hasta los bomberos. Con el artículo aún en mente, Brunetti se preguntó cómo se las habría apañado el alcalde de la ciudad con los presupuestos actuales para dar con la financiación necesaria al más puro estilo *deus ex machina* y empezar a limpiar los canales.

—Qué amable el alcalde, que nos lanza unas migajas a la ciudadanía —observó Griffoni.

Brunetti paseó la mirada por los bancos del canal, donde el lodo y los residuos de varias décadas habían quedado a la vista. El cieno azabache empezaba justo por debajo de la marca de las crecidas y se hacía cada vez más espeso a medida que aumentaba la profundidad. Oscuro y putrefacto, de olor fuerte y desagradable, resbaladizo y pringoso, tenía el aspecto de los desechos humanos, y le provocó a Brunetti un asco casi tan intenso como el miedo.

—Qué apropiado que el alcalde nos brinde estas vistas —comentó.

A pesar del olor, no hicieron amago de marcharse. Brunetti recordaba escenas similares que formaban parte de su juventud, cuando la limpieza se llevaba a cabo principalmente a mano y con mayor frecuencia. Le vinieron a la memoria las pasarelas de madera que se construían a ambos lados de los canales y la facilidad felina con la que los trabajadores se movían por ellas cargados con cubos y palas.

Un trueno retumbó, y ambos se protegieron los oídos con las manos. Era el motor de la grúa del barco. Unas mandíbulas negras de metal se alzaban en el centro de la cubierta con el cuello torcido y la boca cerrada, descansando.

Dentro de una cabina de cristal que había cerca de la proa, vieron a un hombre con un mono de trabajo de color azul marino, un cigarrillo colgado de la comisura de los labios y las dos manos ocupadas con las palancas y los botones que tenía delante. Brunetti sufrió una regresión a la felicidad de la infancia y se quedó embelesado por el asombro que le producía ese oficio y por el deseo de hacer un trabajo como aquél, que era como jugar, pero que, ay, también entrañaba mucho poder. Griffoni aparentaba estar tan cautivada como él, aunque Brunetti dudaba que ella anhelase semejante ocupación. Además, no era muy probable que el ayuntamiento fuese a contratar a una napolitana, impedimento muy superior al hecho de ser mujer.

Sin decir nada, acabaron de cruzar el puente y observaron en silencio mientras la grúa elevaba sus mandíbulas de acero apretadas desde la cubierta y las dirigía hacia el agua. Entonces las abrió y, de pronto, se convirtieron en unas espantosas fauces negras de dientes serrados que poco a poco se hundieron bajo la superficie y desaparecieron.

El hombre movió las manos y el brazo largo de acero se desplazó un ápice hacia la derecha, se detuvo, pareció sacudirse bajo el agua y después empezó a subir. Cuando emergió sobre la superficie aceitosa, Brunetti vio que entre los dientes colgaban pedazos de plástico, goma y metal: parecía un rottweiler muy grande comiendo de un cuenco de espaguetis. El largo brazo sostuvo las fauces en el aire mientras una cascada de agua caía al canal, y entonces éstas se volvieron hacia la proa de la embarcación, donde ya había un buen montón de basura y lodo. El brazo se detuvo justo encima de la montaña de desperdicios y cieno. Poco a poco, se abrieron las mandíbulas y los

escombros cayeron sobre lo demás con gran estruendo. Con una serie de movimientos leves, el trabajador liberó los últimos fragmentos de entre los dientes, descolgó el brazo sobre el canal y de nuevo hundió las fauces en el agua.

No se habían dado cuenta de que en la *riva* había otro trabajador sujetando una pala. Tan pronto como la grúa se apartó, el hombre se subió a un tablón que recorría el barco de un lado a otro y niveló la pila de escombros. Movi6 a un costado unas bolsas de plástico medio descompuestas que estaban llenas de botellas, además de una radio podrida, la rueda de una bicicleta y algún objeto más tan deteriorado que era imposible de identificar.

Estuvieron un buen rato contemplando la escena sumidos en un silencio cómodo; ninguno de los dos quería continuar caminando todavía y ambos daban por sentado que sólo la otra persona comprendería el placer que podían compartir mientras observaban cómo trabajaba la máquina. No hablaron, unidos por una intimidad extraña.

Al cabo de diez minutos, de pronto el operador de la grúa se levantó, bajó los peldaños que separaban su asiento de la cubierta y se apresuró a mirar por la borda. Se inclinó hacia el agua y forzó la vista, hizo visera con las manos para protegerse del resplandor del sol, se desplazó hacia la derecha y continuó escrutando el agua. Regresó a la cabina y tocó algo que hizo disminuir el zumbido del motor. Llamó al operador de la pala y, con un gesto de la mano, le pidió que se acercara. Brunetti y Griffoni vieron que el de la pala se subía al tablón y que el otro lo seguía de inmediato y le indicaba el lugar exacto en el agua. El ruido del motor silenciaba sus voces, aunque los gestos del primero evidenciaban la urgencia de lo que decía.

A Brunetti lo sorprendió ver que los movimientos y la postura de ambos se habían vuelto muy tensos. Al que llevaba la grúa lo habían visto tranquilo y relajado hasta ese momento, pero cuando volvió a sentarse a los mandos, se lo veía torpe e incómodo, y Brunetti tuvo la marcada sensación de que se mostraba reacio a seguir con su trabajo.

«Que no sea lo que estoy pensando», se dijo el *commissario*, que no se atrevía a compartirlo con Griffoni por miedo a parecer un tonto o a que lo que fuera que las fauces de la grúa sacaran del agua demostrase que lo era. Se miró las manos, que se aferraban a la barandilla metálica del borde del puente, y vio que tenía los nudillos blancos. Luego echó un vistazo a la derecha y vio que a Griffoni le pasaba igual. Se volvió ligeramente hacia su amiga y detectó su perfil tenso, la rigidez de su mandíbula.

Brunetti volvió a mirar el brazo metálico de la draga. En un momento dado, el mecánico soltó los controles y saltó de nuevo a cubierta para echar un vistazo por la borda. Miró a su compañero, que había regresado a la *riva*, se encogió de hombros y se colocó de nuevo a los mandos.

El ruido del motor se intensificó y tanto Griffoni como Brunetti se irguieron y se apartaron de la barandilla a la espera de lo que la máquina pudiera sacar del agua. Se volvieron a la vez y se miraron un instante antes de seguir observando el canal.

Oyeron el cambio de marcha y el chirrido de la cadena en el interior del motor, tapado por una protección rígida. El brazo de la draga se levantó del agua y las mandíbulas del final salieron a la luz.

Brunetti se armó de valor para mirar de frente a lo que fuera que hubiera allí colgando. A su lado, Griffoni era una estatua.

La pala de metal viró hacia el otro lado, pero al regresar desveló el cadáver blanco y sucio de una nevera vieja saliendo de las aguas del canal. Era pequeña: de haber estado instalada en el suelo de alguna cocina, a Brunetti apenas le habría llegado a la cintura. En su estado actual, con la puerta colgando de una de las bisagras, tenía el aspecto de algo destruido en una batalla.

Brunetti y Griffoni se miraron de nuevo. Ella sonrió primero, él después, y además se encogió de hombros. Sin decir nada, dieron media vuelta y bajaron los escalones del puente.